

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago
Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO V

MARZO 31 DE 1928

NÚM. 1

Pedro Prado

Prosas Bíblicas

El sordo Leví

GENABA Jesús en casa del sordo Leví, y su mujer mofábase de las extrañas contestaciones de su marido. Los discípulos del Nazareno hacíanle coro, y Jesús, tan disparatadas eran, acabó por sonreír.

El sordo lo miró con extrañeza, y en todo el resto de la cena no despegó los labios.

Al terminar la merienda, exclamó Leví:

—Éstas en mi casa y quise mostrar mi regocijo; pero tú también ríes de mis palabras...

—Perdona y comprende—le dijo Jesús—: hay sonrisas incontenibles; ellas no merman, antes acrecientan la compasión y el amor; no me sería posible sonreír de otra manera.

—Veo que hablas, pero nada escucho,—murmuró Leví.—Soy sordo para lo que dicen los demás, no para lo que yo mismo

me digo. ¿Qué es lo que replicas? ¡Inútil empeño! Comprendo, Nazareno, que aunque hables hoy, sólo sé escuchar lo que oí en mi juventud. Cuando, recostado a la sombra de los árboles, veo que las aves hinchan sus gargantas y lanzan sus trinos, oigo en mi interior los trinos de las aves que escuché cuando era joven. Si los viejos amigos vienen y conversan con el sordo Leví, no sé lo que hoy cuentan; porque sólo vuelvo a escuchar las buenas palabras que ellos profirieron en ese otro tiempo lejano, en mí detenido para siempre. Cuando mi mujer mueve sus labios, no soy capaz de comprender lo que refiere; porque al ver su actitud reviven en mi corazón las viejas palabras de amor que antes me susurrara; y sea lo que fuere lo que con ellas hoy me dice, yo siempre le sonrío. Con gran dificultad supe de ti, de tus bondades y de tus milagros; y mi casa te fué abierta, mi mesa te fué servida, y mi boca quiso participar en el regocijo. El viejo Leví, siempre mudo para no excitar la risa de las gentes, olvidando sus propósitos, quiso alternar con vosotros. Pero una vez más comprendo que no es posible contestar a lo que hoy se dice, respondiendo a lo que ayer se escuchara.

—Maestro—murmuraron conmovidos los discípulos del Nazareno—, ¿por qué no te manifiestas y haces que oiga el sordo Leví?

—¡Hágase según vuestros deseos!—respondió Jesús.

Y ante el asombro y la confusión de los asistentes, Leví, inmune, no recibió su don.

Una duda sobre el poder del Maestro turbó a sus discípulos. Mohinos se despidieron del sordo y de su mujer.

Mientras Leví les acompañaba hasta la puerta de su casa, entristecido, Jesús le dijo:

—Una pequeña sonrisa mía te hizo dudar de mi poder, y mi poder, por tu falta de fe no pudo manifestarse.

—Nazareno: una vez más veo que hablas—exclamó Leví—, perdona si una vez más te recuerdo que yo no comprendo...

El predicador

UN predicador hablaba en medio de la calle. Los carros pasaban rozándole, mas él no interrumpía su prédica. Las mujeres desde el brocal de la fuente, mientras llenaban sus cántaros, le oían soñolientas; los cargadores, al tropezar con él, lanzábanle gruesos improperios; los ociosos reían; los muchachos burlones le insultaban; mas él no interrumpía su prédica.

Así como cruza el agua del río, mientras un árbol en la ribera, con el viento invisible, hierático, canta, así él decía su discurso mientras pasaban y pasaban las gentes.

Aún los ociosos dejaron de escucharle; aún los muchachos se aburrieron de zaherirle, y todos acabaron por seguir su camino. Mas él no interrumpía su prédica.

Cuando dió fin a su discurso, vió su soledad. Creyéndole acongojado, fuí hacia él y le dije:

—No te entristezcas, porque yo te escuchaba.

El levantó sus ojos hasta los míos y dijo:

—Gracias; mas yo también me escuchaba. Y con una sonrisa extraña, agregó:

—¿Crees por ventura que haya necesidad de que los predicadores prediquen siempre y sólo a los extraños? También han menester de predicarse a sí mismos.

—Si tus palabras salen de ti y a ti vuelven, ¿de qué te valen?—le dije—. Igual quedas a lo que antes eras.

—Las palomas salen volando del palomar, y después al palomar vuelven—replicó—. Las gentes, viendo salir y entrar a las mismas aves, dicen, engañadas: He ahí una vana ocupación. Mas si hablo, me escucho; mi propia prédica me conforta. Es en esos vuelos cuando las palomas bajan a tierra y encuentran su diario alimento.